

Encuentro en el Cerámico

Era mediodía. Caminaba yo por la alameda en el antiguo cementerio que se conoce como el Cerámico, en Atenas. Me detuve ante la estela de Eukoline, con su hermoso relieve —una muchacha con una avecilla, dos mujeres, un perro. Cuánto había allí de gravedad, de evocación dolorida, de pensativa conciencia de lo inexorable del tiempo y de la muerte. De pronto advertí que se había acercado un joven y se empeñaba en descifrar la inscripción. Se volvió en cierto momento y me dijo en francés: “Es hermoso, ¿no?”. Me incliné y miré los caracteres. “Las letras están borrosas”, contesté en el mismo idioma. Se volvió entonces y me tendió la mano. Se llamaba Anastasios.

Así conocí a ese amigo. Empleado en una empresa del Pireo, consagraba sus ratos libres a lo que se habría podido llamar una arqueología contemplativa, unas veces solo, otras con su novia, pero sin mayores pretensiones. Salimos del lugar y fuimos caminando hasta su automóvil. Me preguntó, mientras tanto, cuál era mi país, y cuando supo que era peruano dijo, sorprendido: “¡Vaya, es la primera vez que veo a alguien de esa tierra tan lejana!”. Conversamos un poco, y quise despedirme. “No”, dijo, “venga usted conmigo y conozca a una familia griega, si no tiene otra cosa que hacer...”. Habló con tal cordialidad que me fue imposible negarme. “Con mucho gusto”, contesté.

Nos dirigimos al barrio de Neapoli Exarkia. De rato en rato se volteaba todavía a mirarme, con gran curiosidad, y decía: “Así que

usted es peruano...”. Se habría dicho que me observaba con el asombro con que un griego de los tiempos de Pericles habría recibido a un forastero de Nubia o del Helesponto. Y en verdad, con sus ojos negros, su tez de hombre joven y saludable, su perfil clásico, habría podido ser un contemporáneo de Fidias o de Esquilo.

Entramos a su casa, de paredes muy blancas y con una columna de inspiración cretense en el pórtico. La sala era fresca y tenía muy pocos muebles. No había otros adornos que un cristal de roca sobre la mesa de centro y unos fragmentos de *lektyos* en una pequeña urna. Anastasios se dirigió al interior, y regresó al cabo de unos minutos. Reanudamos la plática, que pronto versó sobre lo que podía haber de común entre su país y el mío. Y mientras hablábamos, sus pupilas no dejaban de examinar al habitante de una tierra tan distante.

Al poco rato salieron dos damas de edad avanzada, vestidas de negro, que respondieron con callada y solemne gravedad a mi saludo. “No hablan el francés”, me explicó Anastasios. Y, en efecto, las dos señoras se limitaron a estudiarme, al comienzo con recelo, pero después con una curiosidad amable que por poco me hizo reír. Al cabo de un espacio se levantó una de ellas y entró a una habitación contigua, para retornar con una bandeja. Traía en unos platitos higos, ciruelas frescas y miel. Me invitó con un gesto. Nos pusimos a comer todos, sin dejar la conversación, a la amortiguada luz que nos llegaba por una ventana.

Mas no quedó allí mi sorpresa, ya que a poco salió una adolescente, casi una niña, hermana de mi nuevo amigo. Era delgada y muy guapa, y portaba en otra bandeja vasos de agua. Su rostro me hizo recordar de inmediato otro perfil de muchacha que había visto, no hacía mucho, en una de las estelas del Cerámico. El mismo porte, la misma nitidez de líneas, mas exentos en Friné —así se llamaba la chica— de toda melancolía, y plenos más bien de lozanía. También ella contempló con infantil asombro al extranjero que visitaba su casa. Dije *efjaristo* (gracias). Ella se sentó con delicadeza junto a las mujeres. Yo bajé la vista, emocionado.

Tuve entonces la intensa sensación de que de veras me hallaba en Grecia. Aún más, incluso, que cuando contemplaba los

mármoles del Partenón, a la hora en que tomaban esa coloración entre ocre y dorada del atardecer, o cuando divisaba el Mediterráneo desde el templo de Sunion, o cuando escuchaba el silencio grandioso de Delfos. ¡Era tan bella y diáfana esa jovencita! Y, además, estaban ante mí ese joven hospitalario, esas viejas damas que parecían salidas de un coro trágico y me agasajaban con higos y ciruelas de Olimpia, y con una miel elaborada quizá por las abejas de la colina del Lycabeto. Y esa agua fresca y pura. ¿No decía Píndaro que el agua es lo mejor?

Sí, esa niña, y el agua de esos vasos, eran como la floración de mi encuentro en el Cerámico. Ese recinto de pesadumbre y reflexión, de maravillosa riqueza plástica, fructificado en esa pureza y transparencia...

Iowa, 1975